

## Barthes antifascista

Pablo López Cantó

Barthes, R.  
*Lo neutro*.  
Siglo XXI, Argentina, 2004.

Es en el instante suspendido de la desesperanza, cuando las ilusiones y las falsas promesas se han venido abajo como fulminadas por el rayo —sin duda sólo transitoriamente, pues siempre vuelven a resurgir tal que un fénix perverso— y las posibilidades que se soñaran demuestran ser otras tantas rejas que nos mantienen enterrados en siempre idéntico infierno, es en ese tiempo insostenible que la vida se inclina sobre una grieta para encontrar allí el lugar desde el cual afirmarse definitivamente. Roland Barthes se ha asomado a esa distancia insalvable apenas sí dos años antes de su muerte, justo después, al fin, de haber perdido lo irremplazable. Ha descubierto en ella una afectividad violenta e inexpresable, pero también los principios de su despliegue, todo un arte de los gestos, el esbozo de una ética. A partir de semejante hallazgo desarrollará su curso en el Collège de France entre 1977 y 1978: tenemos las notas escritas desde las cuales hablara, al pie de la letra, al pie de un manuscrito, no hay duda, extraño, esquemático en su forma, en ciertos casos elíptico, pero que en todo momento se desarrolla como búsqueda sistemática. Al igual que el magistral *Fragmentos de un discurso amoroso*, publicado poco antes, el curso se desarrolla a través de la exposición de diversas figuras, veintiséis en total, tres de las cuales no llegaron a ser tratadas, que enuncian rasgos, centelleos, matices de un querer-vivir desesperado que es odio absoluto a la muerte, rechazo sin concesiones, *no* irreductible, independiente por completo de las vanas argumentaciones, incorruptible tanto ante la fe como ante las certidumbres: que es, al fin, reivindicación intensa de *lo Neutro*, o más bien, *del deseo de lo Neutro*.

### Un singular compromiso

La trayectoria que sigue Barthes —su pensamiento— no escapa a la época que le toco en suerte transitar, y, sin embargo, no por ello deja de resultar sorprendente. Pertenece a una generación de intelectuales que vio cómo se desbarataba el orden de las cosas, cómo la historia se desviaba del sendero y se abrían felices atajos. Pero no por ello dejaría de exponer una queja sostenida, una cierta percepción del mal y de su íntima relación con el cuerpo, seguro aprendida con la experiencia y con las lecturas. Aquejado de tuberculosis en su juventud, vivirá la ocupación entre diversos sanatorios, a salvo del nazismo pero recluido y aislado con motivo de su enfermedad: pasó la liberación postrado en su cama. No se liberará de este encierro hasta 1946, y para entonces ya se habrán fijado las dos experiencias que quizá más hayan marcado su obra: la lectura y la amistad, la experiencia del texto y la afectividad entre compañeros. También habrá comenzado a desarrollar esa rara tarea de la escritura: se ha interesado por Gide y Michelet, al igual que por Camus, a partir del cual desarrollará su reflexión de la escritura blanca, neutra, y que le aproxima ya a la redacción de *El grado cero de la escritura*. Su lectura de *El extranjero* se encontrará muy influida por Sartre, de quien parece tomar lo esencial de sus tesis: la aparición de una lengua distanciada tanto de los lenguajes vivos como del lenguaje literario mismo, el relumbrar de una palabra adosada al silencio. La escritura aparece ya entonces como el espacio de una elección entre la herencia y el propio humor: como el lugar, por tanto, de un compromiso. Así pues,

desde el principio el planteamiento barthesiano ha sido portador de un cuestionamiento político. De hecho, durante esta época marcada por la exclusión y la enfermedad, también ha sido iniciado en el marxismo por un trotskista que había caído herido cuando luchaba en las filas de POUM en el frente de Aragón, que tras haber militado como antifascista se unió a la Resistencia y fue arrestado por la Gestapo y enviado a Buchenwald, para finalmente acabar tuberculoso en el sanatorio suizo de Leysin, donde conocerá a Barthes. Sin duda, el hecho de haber tomado contacto con el marxismo desde una perspectiva no estaliniana será determinante en el devenir político e intelectual barthesiano: de algún modo anuncia ya su deseo de lo neutro, pues no se deja someter ante las sólo aparentes y siempre tramposas disyuntivas, pues persigue ese tercer término que es punto de fuga, escapatoria respecto de la estrecha cárcel que supone toda contradicción, cualquier conflicto. Barthes, mientras que en su sistema teórico ha levantado un edificio fundamentalmente dicotómico, que se constituirá en función de dos polos enfrentados, uno valorado y otro desvalorizado, sin embargo, en lo que respecta a la política, ha apostado por un doble rechazo, por posicionarse en contra de los dos términos en conflicto. Con todo, en ambos casos, bajo la sistematicidad tanto como bajo la fuga respecto de la elección entre dos términos, una afectividad intensa respira, una sensibilidad vivaz habita.

Pero, ¿fue Barthes marxista? Heterodoxo, tal vez. Al salir del sanatorio se declara marxista y sartreano. Y, años más tarde, en 1955, en el seno de su polémica con Camus, asegura hablar desde el punto de vista del materialismo histórico. Sin embargo, por aquel mismo entonces es considerado como anticomunista por los estalinistas franceses, y no se debe olvidar el ataque sin concesiones que en *El grado cero...* realiza contra Roger Garaudy, uno de los intelectuales con mayor influencia dentro del Partido: afirmaba que, la mediocridad, en el caso de Garaudy, es inmensa. No se equivocaba, y sin duda, la deriva fundamentalista de aquél le da la razón. Pero, de lo que aquí se trata, finalmente, es, por un lado, de las relaciones con los comunistas y, por otro, de la percepción de las vías que debe tomar el compromiso. En este sentido, el caso de Barthes revela su singularidad. Su afinidad con el marxismo le debiera, como a tantos otros, haber llevado a convertirse en compañero de ruta del Partido; sin embargo, se resistirá a ello y, al parecer, expresará en alguna ocasión su desagrado ante el papel que los intelectuales escenifican, y ante su incapacidad para posicionarse ante los comunistas. En lo que toca al compromiso, Barthes se encuentra seducido por las tesis sartreanas y, con todo, se sabe muy alejado de las prácticas reales de la militancia, e incluso desdeña el activismo, la ostentación contestataria o las manifestaciones: nada dirá cuando el golpe de estado de Pinochet en Chile, como tampoco durante el conflicto de la fábrica de Lip de Besançon que movilizara a toda la izquierda francesa. No le resultan gratos los posicionamientos políticos públicos y, en el límite, acaba decantándose por lo que él mismo llama el *gestus* social brechtiano: conmocionado tras su asistencia en 1954 a la representación de *Madre Coraje*, halla en Brecht un teatro que, al eludir la identificación del espectador con los personajes, al no comprometer plenamente al espectador, le permite persistir en la distancia crítica. De algún modo, ese será su compromiso, un compromiso estrictamente intelectual, exclusivamente intelectual y crítico, compromiso sólo con la escritura. Y es a partir de ésta, de su relación con ella, que se desplegará la singular trayectoria barthesiana.

Se han diferenciado cuatro etapas en el devenir intelectual de Roland Barthes: la mitología social, la semiología, la textualidad; y, finalmente, una última etapa que se preocuparía por las relaciones entre el cuerpo y el texto, y en las que el placer, el goce y

el deseo dominarían la reflexión: Barthes se encontrará finalmente desplazado hacia el espacio de la ética, de una ética del deseo que como la de Deleuze y Guattari, halla su fundamental fuente de inspiración, su precedente privilegiado en Nietzsche. El propio Barthes reflexionaba sobre su relación con la escritura en una entrevista para *Radioscope* de 1975: «El acto de escribir —afirmaba— puede asumir diferentes máscaras, diferentes valores. Hay momentos en que uno escribe porque piensa participar en un combate; así ocurrió en los comienzos de mi carrera... Y luego poco a poco se discierne la verdad, una verdad más desnuda, si puedo decirlo así, es decir, uno escribe porque en el fondo le gusta hacerlo, porque escribir da placer. De manera que, en definitiva, uno escribe por un motivo de goce»<sup>1</sup>.

### La problemática ética

Se ha mencionado: Roland Barthes —su pensamiento— no escapa a la época que le tocó en suerte transitar: incluso se ha llegado a afirmar que la sensibilidad barthesiana serviría como barómetro a través del cual detectar las perturbaciones del ambiente y del mundo intelectual de su tiempo. A partir de la publicación de *El grado cero...* se sitúa en una línea de mutación destinada a trastocar la imagen del pensamiento. Muy pronto se le adscribirá al grupo de los estructuralistas, con quienes sin duda compartía la pasión por el formalismo y por el lenguaje. Por otro lado, las lecturas de Saussure o Hjelmslev no tendrán efectos sobre sus trabajos hasta la redacción del postfacio a *Mitologías*, y, de todos modos, siempre mantendrá una cierta distancia respecto de las propuestas saussurianas. Barthes no afrontará de forma directa la problemática del signo hasta sus *Ensayos críticos*, donde definirá lo que entiende por estructuralismo. Sin embargo, como ha mostrado Françoise Dosse, el peculiar estructuralismo barthesiano, su semiología, conservará su vocación crítica con el objetivo de descodificar lo que la ideología burguesa presenta como natural y conforme al sentido común. En ese sentido, la subversión del lenguaje que promueve es heredera del objetivo de las vanguardias literarias de la inmediata posguerra, de su empresa política. Barthes no se desgajará nunca plenamente de la figura del escritor. Con todo, la tendencia formalista no hará sino intensificarse hasta, al menos, el 68. En cambio, a partir de 1970 se detecta un giro, una mutación en el proyecto barthesiano, abriéndose el espacio a los hechos afectivos y a la pluralidad de los códigos. Barthes acometerá una revalorización de lo novelesco que le permitirá no renunciar al formalismo previo, por cuanto el ejercicio crítico, al volcarse sobre las técnicas de escritura y tratar de subvertirlas, se situaría del lado del trabajo literario, como actividad creativa. Semejante trastrueque culminará en Barthes con la reintroducción de la problemática de la subjetividad, que a su vez permitirá afrontar la cuestión del deseo, del placer y del goce en relación con el texto.

En el límite, de lo que se trata entonces es de un desplazamiento hacia la ética que no afecta exclusivamente a Barthes. Michel Foucault escribía a propósito de *El anti-Edipo* de Deleuze y Guattari, que era el primer libro de ética publicado en Francia desde hacía mucho tiempo. Poco después de la publicación de la traducción al inglés de este primer volumen sobre capitalismo y esquizofrenia, el propio Foucault los seguirá, a su modo, en la nueva empresa. Para entonces Barthes ya se encuentra enfrascado plenamente en la cuestión ética: ha dado rienda suelta a su faceta de escritor y la

---

<sup>1</sup> Clavet, L.-J., *Roland Barthes*, Gedisa, 2001, p. 218.

afectividad ha tomado en ello un papel central, pero además se constituye él mismo en objeto de escritura, objeto de novela. Para ello desbarata las reglas del género biográfico que exigen la construcción de un sentido lineal y acaso trascendente de la vida, sustituyendo esa gran ficción por un conjunto disperso de fragmentos centelleantes que denomina «biografemas». La relación que se instituye entre el autor y el personaje biografiado es de tipo literario, novelesco, y, en el extremo, lo que el autor —Barthes— pretende es conformarse como efecto textual, figura novelada. Sin embargo, todo esto tiene lugar en el interior a un trabajo de producción textual que persiste como analítica del lenguaje. De algún modo, uno y otro polo, el retorno a sí que constituye el desplazamiento hacia la ética y la intensificación del valor de lo novelesco, de la escritura, la interrelación de ambos, se fija en la sentencia barthesiana según la cual «Toda biografía es una novela que no se atreve a decir su nombre»<sup>2</sup>. Sentencia ejemplar ésta, por cuanto en ella se coagulan, por un lado, la conceptualización del análisis textual como escritura creativa y, por tanto, como artefacto literario; y, por otro, la referencia escasamente velada a la propia afectividad del autor, a sus lecturas tanto como a su deseo innominado: *I am the love that dare not to speak its name* —había escrito, dando con ello voz al amor homosexual, Alfred Douglas en 1894.

Bien. El curso del Collège de France de 1977-1978 se sitúa en este contexto marcado por el desplazamiento hacia la problemática ética, desplazamiento que el propio Barthes califica de retorno de lo reprimido, pues ni Freud ni Marx, figuras estelares de los años previos, se habrían interesado en semejante cuestionamiento. Como se ha apuntado más arriba, en este momento la presencia cuya influencia se hace notar de forma impositiva es, tal vez siguiendo la estela dejada por el Mayo francés, por esa herencia intelectual que coagula en *El anti-Edipo*, la nietzscheana. Pero, además, el trabajo de Barthes comparte con aquel de Deleuze y Guattari algo acaso más esencial incluso, la elección del contrincante, el blanco al que se apunta, el objetivo del combate: «el enemigo principal —escribía Foucault—, el adversario estratégico (puesto que la oposición de *El anti-Edipo* a sus otros enemigos constituye más bien un compromiso táctico) es el fascismo. Y no sólo el fascismo histórico de Hitler y Mussolini —que tan bien supo movilizar y servirse del deseo de las masas—, sino también el fascismo que está en todos nosotros, que asedia nuestras mentes y nuestras conductas cotidianas, el fascismo que nos lleva a amar el poder, a desear eso mismo que nos subyuga y nos explota»<sup>3</sup>. En definitiva, lo que se pone en juego en el curso del Collège que impartiera Barthes no es otra cosa que la construcción a retazos de una ética antifascista. Las reflexiones sobre lo neutro, sobre el deseo de lo neutro, son el lugar desde el cual desplegar un combate, personal sólo en la medida en que en él se compromete la propia vida, ético en tanto que desde él se trata de generar modos de existencia que nos alejen del gusto por las cotidianas humillaciones y, sobre todo, de los pequeños impulsos fascistas que nos dominan. En el extremo, el deseo de lo neutro es justo lo contrario —pero un contrario que escapa a toda formalización ya sea dialéctica o de otro tipo— del deseo fascista: porque lo neutro sería, precisamente, aquello que permite escapar a la lengua.

En la lección inaugural que marcase su entrada en el Collège de France tanto como su revancha con la Institución, Barthes había realizado una afirmación que pudo resultar provocadora, pero en la cual insistirá en otras ocasiones: «La lengua no es ni reaccionaria ni progresista; es simplemente fascista». Lo neutro, será precisamente lo

<sup>2</sup> Dosse, F., *Historia del estructuralismo II*, Akal, 2004, p. 373.

<sup>3</sup> Foucault, M., «Prefacio», en *Obras Esenciales 2*, Paidós, 1999, p. 387.

que le falta a la lengua, allí donde falla, el lugar de su derrumbe, una distancia abierta en su interior, el espacio de la grieta. Lo neutro es el abismo en el que el fascismo de la lengua cae y se desbarata. No es casual en absoluto que el otro intelectual que, antes que Barthes, tratara de aproximarse a lo neutro, lo encontrase precisamente en una de las figuras francesas que con más intensidad hace relucir la belleza sin par de instante en que convergen poesía y resistencia, en que brilla la escritura antifascista: hallazgo extraño que Blanchot descubriese en René Char. Roland Barthes insistirá por ese desvío: la lengua, que es esencial e inevitablemente asertiva, incluso cuando niega o se finge tolerante, cuando vanamente se atenúa; que no es vehículo sino de la arrogancia, que sólo expresa la imposición y la fuerza, que instiga a elegir y es constante exigencia de adscripción a una ideosfera, y, por tanto, a la única ideología; la lengua, su ineluctable vocación fascista, se viene abajo y se desbarata en el despliegue de la Escritura. Violenta en sí misma, la escritura no transporta ningún imperativo sino el de su práctica neutra: provocadora o vociferante, siempre se abre sobre el campo de los matices, de las diferencias irreductibles, de la multiplicación y subversión de los códigos. El imperativo de lo neutro es la suspensión de toda categoría, pues desbarata cualquier paradigma, bloquea la estructura misma del sentido, esquiva la aserción sin caer en la trampa de la denegación y se escapa por la tangente generando líneas de fuga insospechadas. La escritura, el discurso, no es al fin sino esa batalla con la lengua, ese combate contra el fascismo, esa atención dispensada al deseo de lo neutro. Barthes se ha comprometido firmemente en esa lucha, y ha puesto en ello su vida en juego, ha transformado su vida en la lucha por el desvío respecto de la dura ley de la lengua, en un objeto textual, en una literatura que es libertad, suspensión indefinida del paradigma. Al fin, ponerse en juego era la única vía: pues, como él mismo dijera, «el discurso llega a lo Neutro por la vía del afecto».